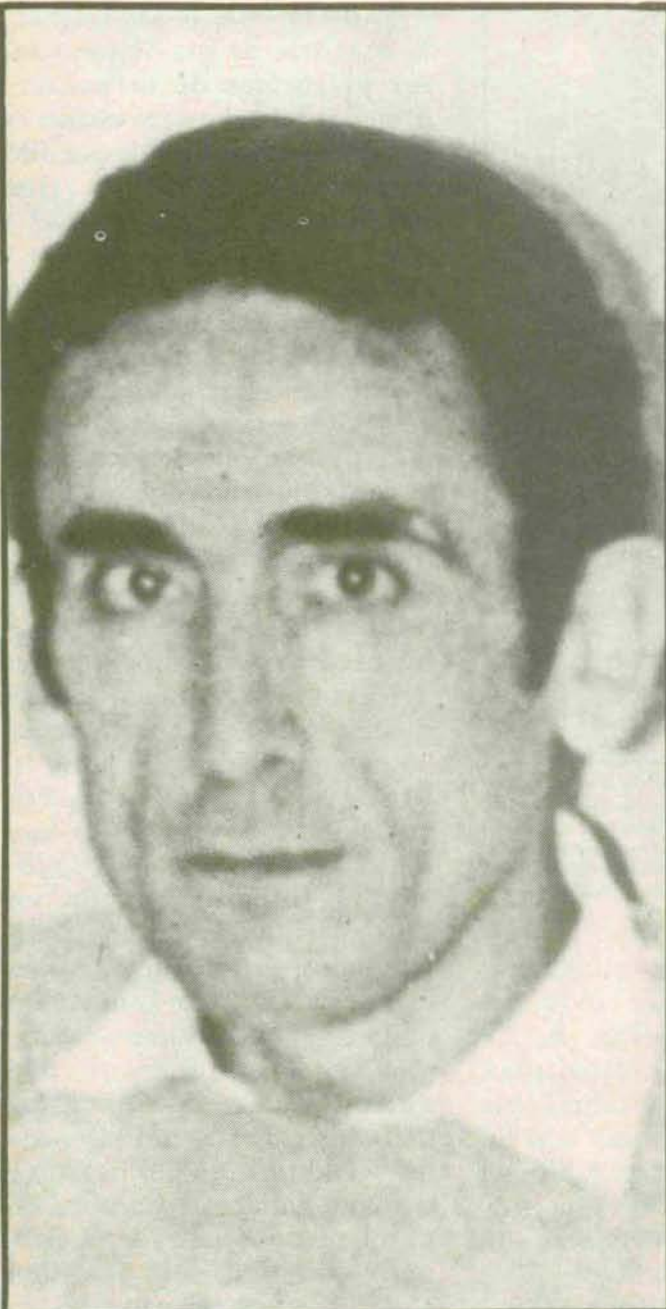


## La tragedia de millares de españoles bajo el nazismo:

---

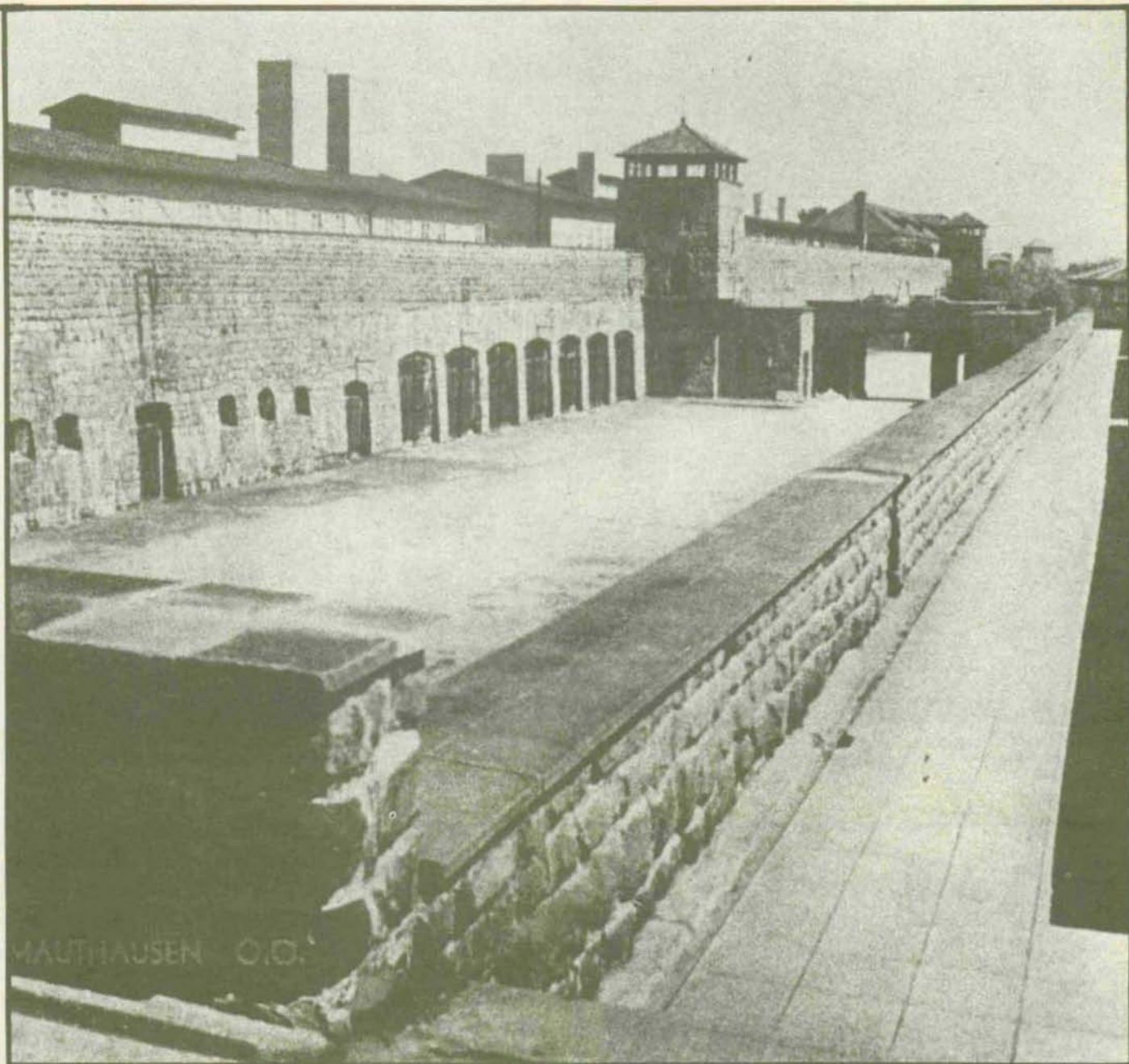
# “Los cerdos del comandante”

E. de Guzmán



Eduardo Pons Prades

**L**A facilidad de olvidar tiene tanto de venturosa para el individuo aislado como de arriesgada para la colectividad. Si al primero le permite seguir viviendo sin el tormento de recordar constantemente a los seres amados desaparecidos, constituye para la segunda una angustiada amenaza de tener que repetir —sin saberlo— la parte más dolorosa y lamentable de su pasado como pueblo. En este momento concreto y en la España actual a todos nos beneficia olvidar individualmente las tragedias, sufrimientos e injusticias de la guerra civil, pero nada sería más desastroso para la nación que un olvido generalizado de la catástrofe de 1936 nos hiciera caer, inconscientes y suicidas, en la misma imperdonable torpeza de hace cuarenta y tres años.



Los relatos referentes al campo de Mauthausen —en la foto— son más numerosos y amplios no sólo por permanecer internado en él uno de los autores del libro, sino por ser aquel en que hubieron de padecer pasión y muerte más compatriotas nuestros.

**Y** lo que a nosotros nos sucede con la fratricida contienda pasada le acontece al resto de la Humanidad con la segunda guerra mundial y sus terribles secuelas del bombardeo atómico de ciudades japonesas y de los campos de exterminio nazis. Aquí también resulta tan consolador el olvido individual como suicida el colectivo. Especialmente si tenemos en cuenta que ya a comienzos del siglo XVIII un pensador francés señalaba que «la facilidad de comenzar todo de nuevo —característica del pueblo alemán— está basada fundamentalmente en su increíble facultad para el olvido». Los países que, voluntaria o involuntariamente, olviden las terribles matanzas de Treblinka, Dachau, Buchenwald o Mauthausen pueden caer fácilmente en la tentación

de construir en el futuro otros infiernos de parecido horror e inhumana bestialidad. En uno de sus mejores poemas León Felipe habla con trenos apocalípticos de una de esas fábricas de muerte —Auschwitz— cuya monstruosa crueldad no pudieron ni siquiera imaginar los imaginativos poetas que en sueños descendieron a los infiernos. Ni Dante, ni Virgilio, ni Blake, ni Rimbaud descubrieron en el curso de sus alucinantes pesadillas nada tan espantoso. Si la realidad supera muchas veces a la ficción, en este caso concreto todos los horrores soñados palidecen frente a la verdad de una barbarie sin precedentes en la larga historia de las barbaries inmoladas a la mayor gloria de Adolfo Hitler y su Tercer Reich Milenario.



Es una galería de horrores interminables en que los prisioneros son humillados, vejados, torturados, violados, robados, ahorcados, «operados» y gaseados. Pero en que brilla, en contraste con la crueldad sin límites de los guardianes, la solidaridad, el sacrificio voluntario y consciente por los compañeros... (Prisioneros del campo de Mauthausen).



En ocasiones, la monstruosidad alcanza límites difícilmente imaginables, como en el caso del prisionero que se ahorca cuando sus guardianes le hacen creer entre burlas y palos que en la comida que acaban de servirle está la carne de su propio hijo, asesinado horas antes...

Aunque durante decenios se procuró tenerle perfectamente desinformado, el pueblo español ha sabido algo de estos horrores. Pero siempre ha pensado en ellos como algo ajeno y lejano, que poca o ninguna relación guardaba con él o con los suyos. Si los genocidas eran nazis —una secta cruel y sanguinaria nacida en Alemania, que ningún parentesco guardaba con los fascismos italiano o español— las víctimas eran siempre judíos —el pueblo deicida—, rusos comunistas, ingleses pérfidos explotadores del resto del mundo y franceses insubordinados contra el gobierno patriótico y paternal del seráfico mariscal Petain. Gentes, en definitiva, que tenían bien merecida la suerte sufrida, aunque los miembros de las famosas SS, defensoras de los valores espirituales de la civilización occidental, se hubiesen excedido un poco en sus persuasivos procedimientos.

«Los cerdos del comandante» es un libro veraz, sincero, documentado y atroz que nos ofrece una visión espantosa y certera de la gran tragedia en que decenas de millones de personas perecen asesinadas en las cámaras de gas, en los experimentos médicos, los patíbulos colectivos, los ametrallamientos en masa, los trabajos forzados llevados más allá de toda posible resistencia o simple y sencilla-

mente la privación de toda alimentación hasta producir la muerte por inanición de millares y millares de seres humanos. Sus autores, Eduardo Pons Prades y Mariano Constante, conocen perfectamente el tema por haberlo sufrido en sus propias carnes, el primero luchando en la resistencia francesa y el segundo internado durante varios años en el campo de exterminio de Mauthausen. Pero no cuentan sólo sus experiencias personales, sino que con paciencia y tenacidad han ido buscando a los supervivientes de los campos y recogiendo fielmente sus relatos de lo que fue la vida y sobre todo la muerte en las infinitas ergástulas creadas por el nazismo tanto en Alemania como en el resto de los países ocupados, con vista a la llamada «solución final» consistente en la supresión sistemática de todas las consideradas razas inferiores.

El libro, impresionante y angustioso, editado recientemente por Argos-Vergara, lleva un subtítulo expresivo y significativo: «Españoles en los campos de exterminio nazis». La obra es, en efecto, la historia no contada hasta este momento del sacrificio de muchos millares de compatriotas nuestros. Su contenido puede ser resumido en los siguientes términos: Los veinte mil españoles (combatientes en la Legión Extranjera y en los llamados Batallones de Marcha) hechos prisioneros por los alemanes en Francia en la primavera de 1940, fueron abandonados a su suerte por el gobierno del mariscal Petain, pese a haberse batido bajo bandera francesa. Contra todo lo que dispone la Convención de Ginebra, los prisioneros de guerra españoles no fueron internados en campos de prisioneros, sino en campos de exterminio. Al ser preguntados por ellos en septiembre de 1940 el señor Serrano Súñer respondió despectivo: «Mi gobierno no considera españoles a esos sujetos. Son mercenarios al servicio de los franceses. Hagan con ellos lo que consideren más conveniente». Los alemanes lo hacen de tal manera que en 1945 sólo viven una sexta parte; los dieciséis mil restantes han muerto asesinados. Y con ellos, junto a ellos, lo mismo que ellos, otros varios millares de compatriotas nuestros que han luchado en la resistencia francesa, belga u holandesa.

«Los cerdos del comandante» es, en fin de cuentas, un relato descarnado e impresionante de la vida y la muerte de todos ellos entre 1940 y 1945. Los escasos supervivientes cuentan sencillamente, sin adornos literarios, pero con acento de rabiosa sinceridad, la suerte de los españoles internados en Buchenwald, Bergen-Belsen, Dachau, Flossen-burg, Peenemunde, Ravenbruck, Mauthau-



Fotografía del autor realizada a su entrada en el campo de Mauthausen.



Los jefes de las SS que comandan los campos de Rawa-Ruska y Mauthausen llamaban «mis cerdos» a los españoles sometidos a sus vesanías. Pero esos llamados cerdos saben morir con impresionante dignidad o rebelarse contra sus verdugos para hacer inmediata justicia con ellos. (Arriba, Mariano Constante, coautor de libro con Pons Prades, en la foto realizada a su entrada en el campo de Mauthausen; abajo, otro superviviente de Mauthausen, Joan Pagés.)

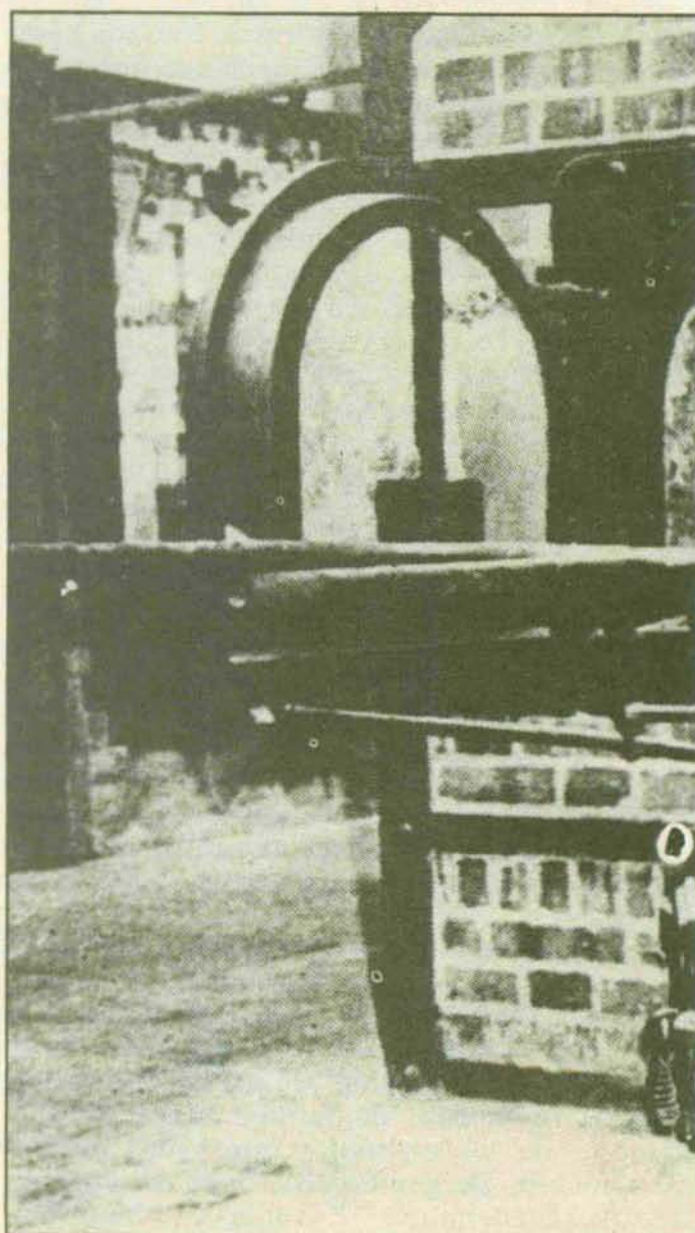


Son tantos los desaparecidos en las cámaras, las hambres o los experimentos médicos, que todos los supervivientes lo son por una serie de asombrosas coincidencias favorables que no pocas veces lindan con lo milagroso. (En mayo de 1965 se inauguró en Mauthausen un monumento a la memoria de los inmolados españoles. De izquierda a derecha: Joan Pagès, José Perlado, Joan Tarragó, Steban Balogh, Manuel Razola y Mariano Constante.)

sen, Natzweller, Rieucros, Birkenau, Sttuthof y Treblinka. Es una galería de horrores interminables en que los prisioneros son humillados, vejados, torturados, violados, robados, ahorcados, operados y gaseados. Pero en que brilla, en contraste con la crueldad sin límites de los guardianes, la solidaridad, el sacrificio voluntario y consciente por los compañeros, la entereza y decisión de centenares de héroes anónimos, cuyos nombres no recogerá nunca la historia. Los jefes de la SS que mandan los campos de Rawa-Ruska y Mauthausen llamaban « mis cerdos » a los españoles sometidos a sus vesanías. Pero esos llamados cerdos saben morir con impresionante dignidad o rebelarse contra sus verdugos para hacer inmediata justicia con ellos.

Abundan en la obra los episodios de refinada crueldad entremezclados con otros de silencioso heroísmo. Los relatos referentes al campo de Mauthausen son más numerosos y amplios, no sólo por permanecer internado en él uno de los autores del libro, sino por ser aquel en que hubieron de padecer pasión y muerte más compatriotas nuestros. También el centro donde mejor se organiza la resistencia y con mayor eficacia se defienden los pri-

Es una terrible lección que ningún pueblo debería olvidar. Aunque sólo fuera para que ese horror indescriptible no tengan que conocerlo también nuestros hijos o nuestros nietos. (Hornos crematorios de Mauthausen).



sioneros en los últimos días hasta conseguir apoderarse de las instalaciones antes de que las fuerzas aliadas lleguen a liberarlos.

En ocasiones, la monstruosidad alcanza límites difícilmente imaginables como en el caso del prisionero que se ahorca cuando sus guardianes le hacen creer entre burlas y palos que en la comida que acaban de servirle está la carne de su propio hijo, asesinado horas antes. O el del harén de niños de doce y catorce años que sirven de instrumentos forzados de placer a los homosexuales de las SS antes de ser conducidos a las cámaras de gas. En el extremo opuesto se hallan quienes prefieren morir en la tortura antes que traicionar a sus camaradas y la del catalán fugado del campo de Treblinka en Polonia, que cruza media Europa dominada por el nazismo hasta llegar junto a sus compañeros en el mediodía francés.

Son tantos los desaparecidos en las cámaras, las hambres o los experimentos médicos que todos los supervivientes lo son por una serie de

asombrosas coincidencias favorables que no pocas veces lindan con lo milagroso. Pero hartos sabidos es que los milagros no abundan en nuestro tiempo y en todos los campos y circunstancias los muertos están siempre en una abrumadora mayoría. Pero acaso convenga subrayar, como hacen los autores, que siendo tan brutales los procedimientos nazis de interrogatorios, traslados, internamiento y ejecuciones, tuvieron un precedente directo en nuestra dolorida España. Aunque en escala más reducida, Nanclares de la Oca, el Campo de los Almendros y Albaterra anuncian ya lo que pocos meses después serán Dachau, Bergen-Belse, Buchenwald o Mauthausen.

«Los cerdos del comandante» relatan la terrible odisea de millares de españoles en los campos nazis de exterminio. Es una terrible lección que ningún pueblo debería olvidar. Aunque sólo fuera para que ese horror indescriptible no tengan que conocerlo también nuestros hijos o nuestros nietos. ■ E. de G.

